



Juventudes y discurso político en la Argentina tras el giro a la derecha

Notas sobre el cambio

Yair Buonfiglio

yairb@conicet.gov.ar

Facultad de Ciencias de la Comunicación
Universidad Nacional de Córdoba
CONICET | Argentina

Durante la primera década del siglo XXI, tuvieron lugar en América Latina experiencias políticas que discontinuaron el orden neoliberal imperante en la década del '90. En países como Brasil, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Venezuela, Honduras, Argentina e, inclusive, Chile y Perú, la identidad política de los partidos, alianzas o movimientos gobernantes se construía en oposición a alternativas conservadoras y vinculadas al mercado. Y, si bien los procesos fueron distintos en cada país merced a sus propias tradiciones, culturas y contextos, puede decirse que la ampliación de derechos, la intervención estatal en la economía y, con ello, cierto grado de distribución de la riqueza fueron características comunes a todos ellos. Para Arditi (2009), Latinoamérica había girado a la izquierda:

Si en las décadas de 1980 y 1990 ese centro [de la política] estuvo codificado por la democracia multipartidista, la expansión del mercado y la disminución del papel del Estado, el giro a la izquierda está redefiniendo el centro político con nuevas coordenadas que incluyen la regulación del mercado y el fortalecimiento del Estado por un lado y, por el otro, mayor justicia social, equidad y un acrecentado sentido de participación y pertenencia más allá de la representación. (Arditi, 2009: 18)

En Argentina, este “giro a la izquierda” comenzó a delinearse con la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia de la nación en 2003. Se trataba del primer mandatario elegido por el voto popular tras la renuncia de Fernando de la Rúa en 2001 y los sucesivos interinatos resueltos por el Congreso. En este marco, la identidad del kirchnerismo se construyó por oposición a las figuras, los valores y los tópicos del discurso político de los '90, al que reconocía, a su vez, como una prolongación democrática del modelo económico impuesto por la última dictadura militar.

El neoliberalismo era el significant que trazaba la equivalencia entre las identidades que conformaban la exterioridad respecto del kirchnerismo, de tal modo que todas ellas eran corresponsables del daño infligido al pueblo durante los '90, cuyas trágicas consecuencias se habían visibilizado en la crisis de 2001: desocupación, pobreza, hambre, violencia y desagregación social. El kirchnerismo se construyó, así, como la representación de una nueva época que venía a dejar atrás una historia reciente que se considera negativa para las mayorías. Ruptura, entonces, con el pasado neoliberal y filiación política con la juventud militante de los '70, generación en la que Kirchner se inscribía y a cuyos desaparecidos nombraba como “compañeros” (Martínez, 2014).

De esta manera, el discurso kirchnerista asignó tanto a *la política* como a *los jóvenes* lugares particularmente relevantes y legítimos en su topografía discursiva. Es que, si la política era el camino de la transformación, los jóvenes *en* la política representaban la posibilidad de fundar un nuevo orden, un orden solidario, igualitario, que superase un pasado inmediato doloroso y signado por la pérdida –del trabajo en los '90, de la democracia y de la vida en los '70; para el kirchnerismo, en suma, la juventud deseable era aquella que se involucraba en los procesos de transformación social de manera colectiva y cuya misión sería continuar tanto un legado inmediato –un país san(e)ado- como una tradición militante y rebelde, anclada principalmente en el primer peronismo y en la militancia de izquierda de los '70.

Es posible sostener que el discurso kirchnerista produjo una discontinuidad en un modo de nombrar a los jóvenes que había hegemonizado la discursividad política –y quizás también la discursividad social –durante, al menos, la década del '90 y los primeros años del siglo XXI. Como advierte Florencia Saintout (2013), tres grandes formas de ser joven se construían e irradiaban desde los grandes medios de comunicación: el joven apático, desafiado, desinteresado de la política, de la “alta” cultura, de los grandes asuntos de la vida social y recluido en su vida íntima; el joven peligroso, consumido por las drogas y sin otro camino posible más que el delito; por último, el joven integrado, consumidor, aquel que se prepara para el éxito en el mundo de los negocios y que, además, responde a los estándares hegemónicos de belleza que se suman, en ocasiones, a otros valores tales como la caridad o el “talento”.

Pero, más allá de estas grandes tipologías, todas estas narrativas sobre la juventud la construían en torno a la carencia. Eran aquellos sujetos que *todavía* no podían, aquellos a quienes les faltaba algo, un “algo” que, desde luego, era colocado en la vereda adulta del mundo. A estos jóvenes del sentido común les faltaba compromiso social, conocimiento del mundo, capacidad de construcción política; a muchos, se diría, les faltaba también el futuro, les faltaban valores, les faltaban capitales para “ser alguien” en un mundo construido por otros.

Como señalan Saintout (2013), Varela y Sánchez (2013), incluso desde las ciencias sociales se contribuyó a la construcción de una idea de juventud que, si bien no asumía una postura condenatoria, asumía la derrota de los jóvenes en la *gran política* y, en consecuencia, se esforzaba por rescatar las resistencias mínimas, las célebres “resignificaciones”, las “trampas” (Reguillo, 2000) que se le podían hacer a un mundo que parecía haber tomado un rumbo definitivo.

Es en este marco que, sostenemos, el discurso kirchnerista vino a romper con las narrativas hegemónicas sobre los jóvenes. En efecto, se ha hablado de un “reencantamiento de la política” (Arditi, 2011) para explicar un proceso que, no solamente en Argentina, devolvió a la ciudadanía cierta “fascinación con y por la política” (Arditi, 2011: 69) ligada al regreso de las experiencias populistas. Reencantamiento de la política es, en definitiva, que la política pueda volver a ser pensada como un camino para el cambio social, para la emancipación, para la mejora en las condiciones de vida de las grandes mayorías. Pero este nuevo encantamiento no implica, como bien advierte Arditi, una réplica de las experiencias pasadas; supone, en cambio, la emergencia de nuevas identidades políticas que puedan representar las demandas de las mayorías contemporáneas. Lo nuevo entusiasmo y el futuro aparece otra vez como algo posible, como un tiempo que puede ser mejor.

Frente a quienes afirman que, merced al *reencantamiento*, los jóvenes regresaron a la política convocados y entusiasmados por la experiencia kirchnerista, Melina Vázquez (2013) sostiene la posibilidad de argumentar que “los colectivos juveniles sostienen mayoritariamente un descrédito hacia la política” (Vázquez, 2013) y que la participación juvenil, en términos numéricos, no necesariamente es mayor que la visible en tiempos precedentes.

Sin embargo, más allá de esas dudas, si es posible afirmar con toda certeza que el kirchnerismo, a diferencia de otros discursos políticos pasados y contemporáneos, interpeló a la juventud, se dirigió a ella, la construyó y la convocó como un sujeto colectivo cuya intervención en la construcción de lo común no era sólo posible, sino que fundamentalmente era deseable. Así, durante los doce años en que gobernaron Néstor y Cristina Kirchner –y especialmente a lo largo de los dos mandatos de ella –se crearon organizaciones políticas juveniles como *La Cámpora* y las distintas variantes de la Juventud Peronista, se organizaron

actos con una concurrencia juvenil casi excluyente y los líderes políticos se dirigieron a los jóvenes en incontables ocasiones.

Ahora bien, ¿cuál es el lugar que el discurso kirchnerista les asignó a los jóvenes en ese proceso de reencantamiento de/regreso a la política? Es preciso señalar aquí que el kirchnerismo, como ocurre habitualmente con las articulaciones políticas populistas (Barros, 2013), se presentó como el sujeto histórico que habría de sanar las heridas de un pueblo dañado por el neoliberalismo. Así, frente a un estado de cosas negativo para las mayorías populares, era el Estado el agente de transformación que produciría los cambios necesarios para avanzar hacia un horizonte de igualdad. En consecuencia, la *gran política* aparecía como el camino para disputar el control del Estado y, con ello, enfrentar a los sectores dominantes cuyos intereses eran contrarios a los del *pueblo*.

En este marco, los jóvenes son construidos como sujeto colectivo y, fundamentalmente, como *sujeto político*, es decir, como sujetos capaces de actuar colectivamente para disputar el Estado y, desde allí, intervenir en los procesos de transformación cuya necesidad se enuncia. Desde estas coordenadas, interpretamos un fragmento del discurso pronunciado por Cristina Kirchner en ocasión de los cuatrocientos años de la Universidad Nacional de Córdoba:

Algunos que por ahí escucho que andan enojados con los jóvenes, no digo que todos los cambios los hayan hecho los jóvenes, pero no conozco ningún cambio donde no estén todos los jóvenes. Esto es la ley de la vida, es la ley de la biología. Así que no se enojen con los jóvenes, al contrario, yo tengo sesenta años y cuando estoy rodeada de pibes me siento de quince otra vez.

Como se observa, juventud y cambio constituyen un par indisociable. Pero si los jóvenes son lo nuevo, son el futuro y, por lo tanto, ruptura con el pasado, entonces promover el cambio es, de algún modo, *ser joven*. De allí la identificación entre el líder y la juventud: en tanto sujeto de transformación, es joven aunque biológicamente no lo sea. Porque, en definitiva, la juventud pareciera más un sentimiento que una condición objetiva. Juventud, en suma, como principio de identificación, como *punto de capitón* de la articulación política. En palabras de Cristina, “a los jóvenes no los miro porque en ellos me miro yo”.

Sin embargo, tras doce años en el gobierno, el discurso kirchnerista vio erosionada su capacidad para fijar la interpretación legítima de lo real. Un orden frágil y precario se resquebrajó progresivamente, lo que concedió a otras representaciones políticas posiciones cada vez más visibles y relevantes en la disputa por la nominación legítima del mundo. Finalmente, el triunfo de la alianza *Cambiamos* en los comicios de 2015 representó no sólo una

victoria electoral, sino también –y quizás fundamentalmente- la consagración de un nuevo relato, una nueva forma de interpretar el mundo y, con ello, de proyectarlo.

Si el discurso kirchnerista se estructuraba en torno a la idea del Estado como agente de transformación –una transformación que procuraba la igualdad, la ampliación de derechos, la confrontación con los poderosos, el rescate de los silenciados y, en definitiva, la construcción de un “para todos”-, en el discurso del Pro el Estado no es más que un agente facilitador de las acciones individuales/privadas. El sujeto que hará la historia es el empresario, mientras que el ciudadano –como sujeto individual, no ya como parte de un pueblo- debe reunir las condiciones requeridas para integrarse de manera eficiente al sistema.

En este marco, cabe preguntarse qué lugar ocupan los jóvenes en el nuevo panorama del discurso político. Y podríamos responder, en principio, que si ya no hay *pueblo*, si las transformaciones sobrevendrán como consecuencia de una suma de acciones individuales, el lugar del joven ya no es la política, ya no es el colectivo, sino la empresa, la institución educativa –donde adquiere individualmente las competencias y los conocimientos que lo harán un mejor individuo-, la ONG –donde, como individuo, ayudará a mejorar la vida de otros individuos e incrementará, de paso, cualidades individuales tales como la empatía o la sensibilidad, requeridas a menudo en el universo del *management*- y, para quienes no logren integrarse, los lugares de encierro o apartamiento social.

Un spot perteneciente a la campaña presidencial de Mauricio Macri es ilustrativo respecto de tal narrativa. Allí, puede verse al candidato acompañado por una niña y sus padres. Mientras él la sienta sobre sus piernas y la acaricia, ella le cuenta que vende flores para juntar dinero y, así, poder comprarse una bicicleta. En la escena siguiente, aparecen las plantas que la niña cuida y el candidato que la felicita por su iniciativa. Es que aquí ya no hay *para todos*: si el pobre quiere una bicicleta, debe trabajar para poder comprarla, aun si es un niño. Si en el relato macrista el ciudadano modelo es aquel que pone su fuerza de trabajo a disposición del empresario, la figura del joven que se ensalza pareciera ser la del *joven trabajador*, o incluso la del *niño trabajador* como metáfora emblemática de ese imperativo que se proyecta para todo el pueblo.

En una reciente intervención pública, el presidente Macri pronunció estas palabras:

...hay un elemento, algo fundamental en el futuro de un país, que son sus jóvenes (...). Hay muchos de ellos como Francisco, de San Juan, que me dice “Yo quiero tener mi primera oportunidad”, dice en su mensaje. “También estamos nosotros, los jóvenes con ganas de trabajar, de aprender, con ganas de salir adelante día a día, no queremos planes, queremos ganarlo con nuestro sudor (...).” Y yo te digo, Francisco, no tengas dudas: estamos trabajando para que todos ustedes tengan una

oportunidad, tengan esa primera oportunidad que les permita empezar a construir ese desarrollo personal.

En la voz de un joven anónimo, el enunciador hace aparecer la oposición entre el dinero ganado con “sudor” y aquel que sobrevendría sin ningún esfuerzo, a través de la ayuda estatal materializada en los “planes”. Este ciudadano, cuya voz Macri opta por incluir en su discurso a modo de ejemplo-ejemplar, no quiere planes, esto es, no quiere recibir dinero sin que eso sea a cambio de un esfuerzo físico que lo haría sudar. Rechaza la ayuda del Estado porque rechaza la igualdad, la universalidad, el “para todos”. En el mundo de Macri, tener es poder marcar una diferencia; la desigualdad se torna deseable porque en ella se prolongan las virtudes del individuo. Sin embargo, el trabajo, la puesta de la fuerza laboral a disposición del mercado, ya no es solamente la única opción que los pobres tienen para ganar dinero de manera legítima. Es un fin en sí mismo. Es un objeto erotizado. El ciudadano modelo trabaja para el empresario porque desea –con la fuerza que el psicoanálisis le ha dado a este significante- trabajar. Además, y casi como un detalle, puede ganar dinero.

Entonces, para responder a la pregunta acerca de qué lugar ocupan los jóvenes en la nueva cartografía discursiva, podríamos comenzar diciendo qué no son. Ya no son sujetos colectivos, ya no son multiplicidades organizadas y articuladas, ya no disputan el Estado como herramienta de transformación social, ya no luchan contra las desigualdades porque ya no buscan la igualdad, sino la diferencia. En el discurso del Pro, el lugar que le corresponde al joven legítimo es el trabajo porque sólo de esa manera –esto es, a través de su accionar individual –logrará producir cambios también individuales. El joven vuelve, entonces, a preocuparse por su mundo inmediato y no por las grandes cuestiones de la vida social. Ya no está llamado a discutir –y hacer –el mundo en el que quiere vivir, sino a encajar, como un engranaje, en un mundo injusto y desigual que otros han diseñado.

Postfacio y una hipótesis para seguir pensando

Este artículo se terminó de escribir hace ya dos años. Durante este tiempo, algunas de las preguntas que nos hacíamos encontraron respuestas provisionarias, a la vez que nuevos interrogantes interpelan a quienes intentamos pensar la relación entre juventud y discurso político. Lo que en 2016 aparecía como un incipiente “giro a la derecha” en Argentina tuvo su correlato en numerosos países de la región, donde se instalaron, con mayor o menor nivel de legalidad y legitimidad, gobiernos conservadores que, en no pocos casos, tuvieron como eje de gestión deshacer buena parte de las transformaciones llevadas a cabo por el “populismo”. Durante este proceso de hegemonización del discurso (neo)liberal, por lo menos en Argentina,

el *pueblo* fue construido en el discurso oficial como víctima de un daño perpetrado por la corrupción del gobierno anterior. Significantes como “robo” y “corrupción” poblaron los medios dominantes, al tiempo que aparecían como el principio de inteligibilidad que intentaba explicar un malestar social creciente. Sin embargo, las diferentes demandas sociales eran habilitadas por el gobierno y, en todo caso, encauzadas como posibilidad para una gestión individual de los capitales. En otros términos, la “meritocracia”.

Pero la política es inesperada y contingente. Hace pocos días, irrumpió una nueva metáfora que, aun cuando formó parte de una suerte de *stand up* televisivo, fue rápidamente recuperada y puesta en circulación por integrantes del oficialismo gobernante. Me refiero a la “parábola del flan”, narración con la que un humorista explicó que la sociedad argentina puede homologarse a una familia que, tras ver incendiada su casa y destruidas sus pertenencias, solo reclama flan, obstinadamente y a los gritos. El postre, absurdo e irrelevante en el contexto de un incendio, aparece así como una metáfora de las demandas sociales, y su ridiculización termina por destituir las. Toda demanda es flan. Toda demanda es absurda para un Estado que dice estar incendiado.

En este escenario, parece difícil que puedan formularse demandas por parte de los jóvenes a las que pueda concedérseles legitimidad desde el discurso político hegemónico. El contraste con aquel gobierno que hablaba de la política como “el lugar” de los jóvenes se exhibe cada vez más profundo. Sin embargo, este escenario adverso tal vez sea una oportunidad para ensayar otra clase de construcciones, de agrupamientos, de organizaciones colectivas. Tal vez las redes invisibles que se construyeron soterradamente para mostrarse con inusitada fuerza en el contexto del debate por la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo marquen un posible camino, por lo menos hasta que las mayorías vuelvan a convencerse de otra cosa.

Bibliografía

Arditi, B. (2009). “Pertenencia y reencantamiento de la política en el escenario postliberal”. Santiago de Chile: CEPAL.

Arditi, B. (2011). “El reencantamiento de la política como espacio de participación ciudadana”. En Hopenhayn, M. y Soho, A. (comp.). *Sentido de pertenencia en sociedades fragmentadas. América Latina desde una perspectiva global*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Barros, S. (2013). “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas”. En *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Laclau, E. (1996). “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?” En *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.

Martínez, F. (2014). “Subjetividades post-neoliberales: jóvenes como *pueblo*”. En Bonetto, S. y Martínez, F. (comp). *Militancia y Juventud*. Universidad Nacional de Córdoba.

Saintout, F. (2013). *Los jóvenes en la Argentina: desde una epistemología de la esperanza*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Saintout, F., Varela, A. y Sánchez, E. (2013). “Jóvenes y política. Por una epistemología de la reconstrucción”. En Sánchez Navarrete, E. (comp.). *Jóvenes y política. Reflexiones en torno al voto joven en Argentina*. Universidad Nacional de La Plata.

Vázquez, M. (2013). “En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento”. En *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, nº 7. Universidad Nacional de La Plata.